


Tenia ya diez y ocho años, y el espíritu atemorado



EL GRAN BUHO.



LA desgracia que tuve siempre de no creer en espíritus, aparecidos, ni brujas, privárame del indecible placer de los cuentos de viejas; mas no obstante, cierta noche.... fuerza será que lo cuente. Si alguna vez vais á recorrer la Estremadura, guardáos de buscar las ruinas de sus célebres monumentos, pues en ellos imprimiera su huella el vandalismo revolucionario. Haced mas bien una escursion en los bosques que hay á una legua del Sajar, y allí encontrareis sobre una roca solitaria las románticas ruinas de un viejo castillo feudal, pertenencia en otro tiempo de los condes de Tepa; bellas historias hay que contar acerca de esa antigua mansion; pero viejas todas ellas, prefiero darte, ó lector, noticia de una, que aunque menos importante, data de mi juventud.

Ya entonces estas ruinas no consistian sino en algunos lienzos de muralla, que formaban el recinto del castillo. Dos ó tres vastos salones, cuyos hendidos techos daban entrada al rocío de la noche, una torre medio derruida, á la cual era dado todavía subir por una escalera de caracol, varios otros fragmentos de construccion gótica, elevando su musgosa frente por entre los salvajes arbustos; tales eran los restos de esta en otro tiempo opulenta habitacion. No quiero hablar de los vastos subterráneos que, segun cuentan las crónicas, existen en todas las ruinas, bien que nadie los haya jamás visto; bastará decir que respecto á eso, la credulidad pública habia ricamente dotado al castillo en cuestion. Su posicion encima de una roca salvaje, y en medio de los bosques, se prestaba perfectamente á las historias de hombres solitarios y aparecidos, por donde disfrutaba el castillo de una reputacion terrible, á mas de tres leguas á la redonda, sin que nadie osára jamás acercarse á él sin terror.

Tenia yo diez y ocho años, y el espíritu aventurero propio de la juventud, cuando fui invitado á una gran partida de caza, que debia tener lugar en la selva del Sujar. Durante esta diversion, que costó la vida á mas de una pobre liebre, oí contar por la primera vez las espantosas historias de espíritus aparecidos en el castillo, del cual no distábamos entonces mas de unos tres ó cuatrocientos pasos. Mi natural incredulidad hizo que por de pronto parase poca atencion á esos cuentos; mas luego tres de nuestros cazadores se pusieron á contar con el aire de la mejor buena fé, como habia lo mas un mes que habian sido testigos de las espantosas escenas que durante la noche se verificaban en las ruinas. La cosa tomaba ya un carácter positivo; los tres me afirmaron haberlo visto, visto con sus propios ojos, estando juntos, conviniendo perfectamente en sus maravillosas narraciones. Como que me las habia con personas respetables, á quienes no tenia el pais por supersticiosas ni crédulas, hubiese sido descortesía negarlo, y me era de todo punto imposible creerlo; tomé pues un partido desesperado. «Señores, les dije, déjenme VV. los pocos víveres que han traído, y espérenme mañana al almuerzo, pues esta noche me albergo en las ruinas.» En vano intentaron disuadirme de mi intento, en vano me dijeron que los pretendidos espíritus podría ser muy bien no fuesen mas que malhechores, yo me apoderé de una bota de vino y de un pedazo de empanada, y me dirigí hácia el castillo, abriéndome paso al través de las espesas zarzas que lo rodeaban por todas partes.

Recorrí sus silenciosas ruinas con objeto de buscar un lugar cómodo donde pasar la noche á cubierto, y encontrélo en una especie de vestíbulo abovedado que conducia al pié de la escalera de la torre. Sirviómé de mesa una enorme piedra, sobre la cual deposité mis provisiones, haciendo otra mas pequeña el oficio de banco, y en caso necesario hubiera podido ofrecermé una cama una espesa capa de musgo. Con todo, como verá el lector, malditas las ganas que tuve de dormir.

:

Estábamos en verano. Llegó la noche triste y nebulosa, con una luna pálida, velada á cada instante por sombrías nubes, un viento frio y húmedo gemia en las tenebrosas bóvedas, y se le oía silbar al través de los árboles, agitando las zarzas y espinosos arbustos que crecían en las grietas de las murallas. De cuando en cuando repetía el eco el estrépito de alguna piedra, que arrancada de lo alto de la torre por la tempestad, caía rodando por la derrotada escalera. No tenía miedo, pero experimentaba una impresion de tristeza y de inquietud, que, lo confieso, me ponía mal humorado. Prestaba atento oído al menor rumor, á pesar de mi escepticismo filosófico, y quedaba mas tranquilo cuando solo oía el ahullido de los lobos ó los gañidos de las zorras atravesando las selvas.

Habíame ya tendido sobre mi lecho de musgo, con ánimo de abandonarme al sueño, cuando oí junto á mí un prolongado suspiro: estremécíme y fijé los ojos en la torre, pero era en aquel instante tan oscura la noche, que nada me fué dado distinguir. Resonó en mi oído otro suspiro con algo de extraordinario, de lúgubre, en nada semejante á la humana respiracion, y que participaba mas bien, tanto del silbido de una serpiente enorme, como del sordo gruñido del tigre. Levantéme, eché mano á mi escopeta, y esforzándome en dar firmeza á mi trémula voz, pregunté: «¿quién vá?»

Cesaron los suspiros, y respondió á la mia una voz retumbante por medio de unos roncós y extraños sonidos que jamás hirieran mis oídos. Parecióme que oía pronunciar distintamente las bárbaras palabras de *hui-hou, hou-hou*, sonando en seguida una extraordinaria agitación en lo alto de la torre, y rodando hasta á mis pies algunas piedras. Confieso que en aquel momento con tanta mas razon no las tenía todas conmigo, cuanto el principio de mi aventura era en un todo idéntico á lo que me habían contado los cazadores. Sin embargo, preparado que hubé la escopeta, levantéme suavemente, y pie ante pie fulme acercando á la escalera. Las densas

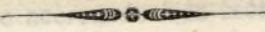
tinieblas que envolvían las bóvedas, me dejaron ver al través de sus sombras el mas aterrador espectáculo que se puede imaginar; ví cuatro ojos grandes y bermejos, brillantes como ascuas, los cuales se fijaron al punto en mí de un modo siniestro. Su enorme grandor y el espacio que de uno á otro mediaba, me dieron á entender que pertenecían á seres cuya talla aventajaba á la de un hombre: bañó mi cuerpo un frio sudor, mis cabellos se erizaron sobre mi frente: no obstante, no perdí la serenidad; apunté á aquellos espantosos ojos é hice fuego. Con el estrépito que causó la detonacion, creí que se venia abajo la torre, y tuve por prudente retirarme á otra parte de las ruinas. Andaba pues con tanta presteza como me era preciso hacerlo por entre escombros y en una noche en extremo oscura, cuando de repente ví iluminadas las ruinas por una luz brillante, parecida á la de muchas hachas encendidas. Paréme estupefacto con este nuevo contratiempo, que hizo refluir toda la sangre en mi corazón: oyéronse entonces humanas voces, y resonaron en mi oído gritos prolongados.... los gritos de mis amigos que, pesarosos de haberme dejado solo en lugar tan desierto y sospechoso, venian á buscarme alumbrándose al través de las zarzas con antorchas de paja.

96 Contéles lo que acababa de sucederme, y subimos juntos á la torre. Sobre la plataforma, en el mismo lugar donde viera los ojos bermejos, encontramos tendido y moribundo un mónstruo singular de repugnante y extraña figura. Sus poderosas alas tendidas en el pavimento no tenían menos de seis pies de circuito; su cabeza era grande como la de un niño, redonda, y con una especie de cuernos movibles; sus ojos perfectamente redondos, mayores que los de un hombre, saltones, y provistos de un doble párpado, su nariz en extremo retorcida cubría una enorme boca, perdiéndose ambas cosas, por decirlo así, en un bordado de rojo y erizado clin; y sus pies tenían cuatro dedos armados de aceradas y puntia-gudas uñas, comparables por la forma y grandor á los de una pantera.

16 Era el mónstruo un gran buho (*strix bubo*), que hacia algunos años habitaba con su hembra en la vieja torre. Es la mayor de las aves nocturnas, tanto que aventajaba su talla á la del águila. Su cabeza está adornada de dos penachos casi negros en forma de cuernos; su plumaje es de color leonado con manchitas morenas en la punta y lados de cada pluma; lo moreno abunda mas encima, y lo leonado debajo. Sus grandes y vigorosos pies estan cubiertos de pluma hasta las uñas.

Esta ave, bastante rara en España, no habita mas que las rocas y las ruinas de los viejos castillos, parándose rara vez en los árboles. Como los demás mochuelos, no sale de su retiro sino durante el crepúsculo de la mañana y el de la tarde; bien que pudieran sus ojos soportar la luz mejor que los de otras especies. Fuerte y animoso como el águila, ninguna ave de presa le hace mella, y ataca á todas las demás, no menos que á los pequeños mamíferos, tales como conejos, liebres y cervatillos, para los cuales es un objeto de odio y antipatía invencibles. Si al comenzar por la tarde su caza da con una banda de cuervos, trábese al punto un combate á muerte, acabando siempre el gran buho por dispersarlos, no sin haber antes cogido á algunos las mas de las veces. Suele tambien perseguir á las demás aves de rapiña, como el pernoctero por ejemplo, y arrebatárles su presa. En otro tiempo servia en la cetrería no para coger la caza, sino para atraer al lazo con su presencia al milano y á la corneja.

Esta ave, bastante comun en Alemania y en Rusia, rara vez descende al llano, estableciendo su nido, compuesto de ramas de árbol y de hojas secas, en las viejas murallas ó en las rocas. Pone dos ó tres huevos mayores que los de una gallina, de redondeada forma y blanco ceniciento. Cuida mucho de sus pequeñuelos, y como estos son en extremo voraces, suele frecuentemente durante su educacion cazar en medio del dia, lo cual no pueden hacer los demás mochuelos.



TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.**CONTINÚA LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.**

Me acerqué á los tres compañeros de Tomás, que rodeaban el cadáver del difunto animal carnívoro, y supe que tres de ellos eran españoles, y el otro francés; pero hablaba bastante bien nuestra lengua materna. Ocupábanse en atar al lobo con cuerdas para transportarlo, y yo les ayudé de muy buena gana, habiendo olvidado mi hambre con la alegría de haber vuelto á encontrar á Tomás. Tomás era cocinero principal! Vive Dios, que me ha de ir muy mal si en lo sucesivo me muero de hambre! Y luego, con él á lo menos veré rostros humanos y viviré en sociedad.

Antes de dejar aquellos sitios, donde en menos de una hora habia experimentado tantas y tan diversas emociones, regalé á mis nuevos camaradas los cigarros y la yesca del engaño, y esta galantería, de mucho precio para los fumadores, no dejó de producir buen efecto, dándome á estimar de aquella buena gente.

Cogimos en seguida entre dos el lobo, al modo con que se pone una pieza en el asador, y nos dirigimos á casa del colono, guiados por Tomás.

XI.**Aventura de Tomás.**

Gracias á mi amigo, empleáronme en las labores de la casa de D. Toribio Lombardo, y como justamente lo que deseaba era vivir, tener donde albergarme, y tratar á gentes de semblante algo mejor que

los que habia visto en la caverna, di gracias al cielo que me deparaba estos bienes.

«Veo que tienes mucha curiosidad, me dijo la misma noche de nuestro encuentro, de saber como me hallo aquí, cuando me creias en el otro mundo. Nada mas sencillo, como vas á oir.

»Mi repentina desaparición de la cubierta del *Vigilante*, de resultas de mi caída á la bodega del bergantin, como viste, provino, no de una herida, sino del desmayo que me causó el golpe de una bala muerta que de rebote vino á darme en el estómago cuando mas arreciaba la pelea, y precisamente en el momento en que nos estábamos despidiendo.

»Mi indisposicion duró poco, y cuando recobré mis sentidos, el instinto de la conservacion me hizo buscar un sitio donde pudiese evitar el furor de nuestros enemigos, lo cual no me fué difícil, conociendo como conocia de memoria los menores rincones de nuestro bergantin.

»Allí, sin conocer exactamente el resultado del combate, pero adivinándolo por los gritos de los piratas, esperé á que reinase á nuestro bordo un triste silencio, quiero decir, que no salí de mi escondrijo hasta que abandonaron el *Vigilante*.

—Y pensar, interrumpió Bonifacio, que hubiéramos podido encontrarnos allí los dos!... ¿Pero cómo te las compusiste para salir despues?

—Ah! ¿qué es lo que hice? óyeme. Apenas hacia un cuarto de hora que me hallaba en la cubierta, cuando oí un crugido sordo, como si se abriese el caseo del bergantin.... Tuve mucho miedo, te lo confieso, y me volví á la bodega; pero la encontré anegada en agua, la cual penetraba en abundancia por un ancho agujero. Subí precipitadamente, y me aterró al ver que el *Vigilante* habia perdido enteramente su equilibrio, y estaba inclinado hácia un lado.

»El buque se iba á pique á ojos vistas; un cuarto de hora, un minuto, un segundo mas, y rodarán al

fondo del abismo los restos del bergantín, sumergiéndose á mi las olas!

—Oyóse de pronto á mis pies otro crugido más siniestro y espantoso que el primero, y desapareció el bergantín!

—¿Y tú, pobre amigo mío?

—¿Yo?... Pero por qué te pones tan pálido al oírme? Nada tienes que temer por mi vida, puesto que estoy contigo, y tan bueno como cuatro; más voy á acabar.

—No sé cómo fué (sin duda maquinalmente) que á lo mejor me encontré á caballo sobre una barrica, la cual despues de andar dando tumbos barrida por las olas, tuvo la atencion de llevarme á puerto de salvamento, pues al anochecer me ví en un banco de arena de las costas del Brasil.

—Un honrado pescador, á quien conté mis aventuras, me facilitó lo necesario para venir á Rio-Janeiro, donde habia hecho muy buenos conocimientos cuando mi primer viaje. Allí me presentaron al señor de Lombardo, opulento colono, en cuya casa nos hallamos, y que necesitaba un cocinero; cómo yo habia guisado no pocas veces á bordo, me decidí á aceptar la plaza, y hé aquí, querido Bonifacio, cómo y por qué tengo el gusto de estrecharte en mis brazos aquí, en Catamarca, en el centro de la América.

XII.

La casa de D. Toribio Lombardo. — Mi estada en ella. — Nuevas disposiciones.

Por mi parte conté á Tomás cuanto me habia sucedido desde que nos separamos tan intempestivamente en medio del combate, y nos reimos mucho de la parte cómica que tenían casi todas mis aventuras.

El colono á quien servíamos, Tomás en clase de cocinero, y yo para hacer ciertos recados, era un hombre muy bueno. Rico labrador, era propietario de una

de las casas mas bellas é importantes del pais, y se dedicaba esclusivamente al cultivo del algodón, la principal industria de Catamarca, donde se recoge un algodón de primera calidad.

Habia en la hacienda de D. Toribio unos cincuenta trabajadores, diez blancos y cuarenta negros entre hombres, mujeres y niños. Todos los miembros de aquella corta república movíanse, trabajaban y vivían en un mismo sitio, casi bajo un mismo techo, como una sola familia, pues D. Toribio era para ellos un padre, por lo cual todos le respetaban y veneraban.

Por lo que hace á mis tareas, me gustaban en vez de cansarme, como que mis ocupaciones se reducian á visitar las tierras, cuidar del cultivo, hacer la recolección, ó llevar la comida á la gente. Y cuando habia suspensión de faenas, se empleaba el tiempo en cazar, á menos que alguno no prefiriese pasarlo durmiendo panza arriba, ó fumando excelente *méjico*.

Yo, que era poco cazador, que solo dormia de noche y no fumaba, iba á dar una vuelta por la cocina con el objeto de charlar con Tomás, y darle mi parecer acerca de la bondad de sus guisos.

Ya ven VV. que no habia motivo para quejarse de semejante vida: nada me faltaba; salud, trabajo agradable, un amo bueno, amigo: ¿qué mas se necesita para ser dichoso? Pero ¡ay de mí! ¿sabe el hombre poner coto á sus deseos, proyectos y caprichos?

No sé que diablo de antojo se apoderó de mí; mas precisamente, cuando aconsejado por la experiencia, debia haber pensado seriamente en los actos de la vida, ocurrióseme un nuevo proyecto, rompiendo bruscamente la cadena de mis goces presentes.

—Tomás, dije un dia á mi amigo, ¿á quien fui á buscar á la cocina apenas salté de mi hamaca; ¿sabes que D. Toribio es un hombre excelente?

—Hace mucho tiempo que estoy seguro de ello!

—¿No es verdad tambien que tú eres un amigo como pocos?

—No me toca decirlo.

—Sí, debo dar gracias al cielo que me ha traído á esta casa hospitalaria donde he encontrado tanto cariño. Así es que con mucho sentimiento renunciaré....

—¿Renunciar á qué?... ¿qué demonios estás ensartando?... ¿quieres dejarnos?

—Tú lo has dicho: es necesario que me vaya.

—¿Es necesario que te vayas, cuando te encuentras aquí como el huevo en la leche? ¿Estás loco?... ¿Y á dónde quieres ir?

—A Maracaibo.

—Me gusta! sabes que tienes que andar miles de leguas?

—Qué importa! no he olvidado el principal, ó, por mejor decir, el único objeto de mi viaje. Cuando me embarqué en el *Vigilante* á la aventura, era con el designio de buscar á mi padre, puesto que reside en Maracaibo, es preciso que yo vaya allí.

—Tus intenciones son laudables sin duda; pero podrás cumplirlas?

—No es eso lo que me trae inquieto, pues lo mismo que he venido á Catamarca, iré hasta Maracaibo. Estoy resuelto, la estación es favorable, y mañana mismo me pongo en camino.... Solo te pido una cosa, que me indiques qué direccion debo tomar.

—Decididamente piensas marcharte?

—Sí, quiero volver á ver á mi padre.

—Pues entonces vamos á pensar seriamente en tu marcha.

—Cuando llegó la noche, y habíamos terminado nuestras diarias labores, Tomás me condujo al gabinete de D. Toribio, á quien manifesté las razones que me obligaban á dejar á un amo tan bueno, y los motivos de mi viaje. Me dió algunos consejos, y además un saquito de pesetas para subvenir á mis primeros gastos, y los acepté dándole un millon de gracias.... Despues mi amigo, con permiso del amo, quitó de la pared una gran hoja de papel, y nos fuimos á la cocina.

Ahora, me dijo Tomás, vamos á examinar la travesía que tienes que hacer.

—Y qué tiene que ver con el examen esta hoja?

—Mucho, pues es el mapa de América.

—Y tú sabes servirte de eso?

—Nada mas fácil; basta saber leer.

—Es verdad! dije con voz triste; dichoso tú!

—Mira: he aquí á Catamarca donde nos hallamos, y allá arriba, cerca del istmo de Panamá, que junta á las dos Américas, está Maracaibo.» Y me enseñaba con la punta del dedo una multitud de puntitos redondos de todos colores, inútiles para mí en un todo; pero no pude menos de pensar que Tomás debía ser muy dichoso porque podia entenderse á si mismo en medio de aquella aglomeracion de patas de moscas.

«Ahora mejor que nunca veo, añadió mi amigo, la imposibilidad de que hagas por tierra ese viaje.

—Tengo muy buenas piernas, observé, y todo el tiempo es mio.

—Ni el tiempo ni las piernas te servirían de nada, pues antes de poco te perderías. Solo hay un medio de salir del apuro, como vas á ver: puestó que el amo ha tenido la generosidad de darte algun dinero, es preciso gastarlo con utilidad; vas á marchar directamente á Valparaiso en compañía de nuestro segundo contramaestre, quien precisamente sale mañana con mercancías para aquella ciudad.

«Como Valparaiso es un puerto de mar, de donde salen buques todos los dias para todas partes del universo, te será facil encontrar uno que lleve el mismo rumbo que tú. Las pesetas te servirán para pagar el pasage: ¿qué dices á esto?

—Digo que eres mi libertador, y que sería un brutto si no siguiese punto por punto el consejo que me das.»

(Se continuará.)

APOLOGOS ORIENTALES.

El anacoreta y el nabab.

Vivia en la soledad un anacoreta, y cerca de esta soledad un poderoso nabab que algunas veces se entretenía en cultivar su jardín. Deseoso el anacoreta de que se aficionase al campo y amara á la naturaleza, adornaba el jardín del rico con las flores mas bellas; pero este, por el contrario, arrojaba ortigas y espinos al humilde rincón de tierra del sábio. Afilgido y con el alma oprimida, preguntó la causa de esta conducta, y el ángel de la paz que oyó la pregunta que dirigía al cielo, le dijo: « todos los árboles dan fruto conforme á su especie, y todos los corazones obran según sus inspiraciones: el árbol del sándalo esparce deliciosos perfumes, mientras que hay otro árbol que destila el veneno y la muerte. ¿Tiene este derecho para alegrarse de semejante cualidad, y aquel para quejarse? » — Al oír estas palabras el piadoso anacoreta, besó el suelo con la frente, y dió gracias al Eterno.

Nachar. Víctima de los hombres Nachar, aborrecía al género humano espantosamente, y cansado de recibir

desengaños por parte de parientes y amigos, se encaminó á un bosque con el designio de no volver á ver á persona viviente. Sorprendido de noche por una violenta tempestad, fué á dar con una cabaña que estaba situada en la entrada del bosque, y cuyo dueño le obligó á descansar, obsequiándole lo mejor que pudo. Cuando concluyeron la cena, le ofreció una cama, y Nachbar la aceptó sin ceremonia, gozando en ella de un sueño tranquilo y reposado; mas apenas fué de día salta del lecho, se dirige á la puerta, decidido á irse, y tropieza con su huésped que estaba acostado en un monton de paja.

«¿Por qué, le pregunta Nachbar, te acuestas en el suelo?»

—Porque no tengo dos camas.

—¡Infeliz! solo tienes un lecho, y me lo das!... Renuncio á vivir en los bosques.»

Dice, corre á Bagdad, recoge sus riquezas, y vuelve en busca del dueño de la cabaña, fundando una colonia, á cuyo frente pone á la familia de su huésped. El pobre y el rico habian llevado un tesoro de igual valor, puesto que este llevaba las riquezas, y el otro las buenas creencias.

III.

Sabedora la tribu de Koraf de las recomendables circunstancias que concurrían en un anciano octogenario y muy virtuoso, quiso demostrarle su cariño eligiendo por jefe á uno de sus dos hijos gemelos. Para esto le enviaron diputados, y luego que estos obtuvieron permiso del anciano para que escogiesen el que debía mandarles, fueron en busca de los dos niños. Ambos estaban dormidos; pero uno tenia las manos abiertas y el otro cerradas: los enviados prefirieron al de las manos abiertas, porque esto indicaba, según ellos, que habria de ser franco y generoso.



À SALAMANCA.

COMPOSICION LEIDA POR EL AUTOR EN EL LICEO DE AQUELLA CIUDAD.

No la abatida frente, Salmántica orgullosa,
Inclines hácia el suelo, cansada de sufrir;
¿Quién sabe si algun día, gallarda y poderosa,
Bello como el pasado será tu porvenir?

Vuelve los tristes ojos á la pagana Roma;
¿No miras sus pendones do quiera tremolar?
¿No adviertes cuan altiva al universo doma,
Bramando tempestuosa como agitado mar?

Véla despues perdiendo su indómita fiereza,
El cetro soberano inmóvil deponer,
Y rota en mil pedazos, doblando la cabeza,
Del imperio del mundo magnánima caer.

Ni se quejó llorosa de su fatal destino,
Ni maldijo su suerte, ni su mal lamentó,
Ni con las puras aguas del Tiber cristalino
Lágrimas de despecho ó de pesar mezcló.

Luego flotó en sus muros de Cristo el estandarte,
Y abriendo á la esperanza su yerto corazon,
No ya elevára altares al ominoso Marte,
Ni de la guerra alzára el sangriento pendon.

Y mírala de nuevo gigante levantada,
Gracias á su entusiasmo y su ferviente fé:
Emporio de las artes, por el orbe acatada
Mas que la antigua Roma la Roma de hoy se vé.

Tambien, ó Salamanca, del polvo que te oprime,
Radiante de belleza y de gloria saldrás,
Cuando tu voz se escuche, y á tus hijos anime,
Resonando robusta del martillo al compás.

Eleva pues la frente de magestad henchida;
Alza, ciudad ilustre, la poderosa voz;
Entusiasma á tus hijos, condena enfurecida
Su criminal pereza con semblante feroz.

Allá por el espacio tu mugidor acento,
Tronando estrepitoso, resonará tambien,
Y el Tormes encrespado al empuje del viento,
Se agitará en su lecho con rápido vaiven.

Tus varones ilustres que duermen en la tumba,
Alzándose de pronto, la losa romperán,
Y por el mudo claustro que cruge y se derrumba,
Perdidos en la sombra de noche vagarán.

Arrastrados tus hijos de irresistible encanto,
Empuñando afanosos con orgullo el cincel,
Grabarán Salamanca en tu soberbio manto
Las flores ¡ay! que el tiempo arrebató cruel.

Y sábia y valerosa, y grande y respetada,
De nuevo por la Europa tu nombre volará,
Y por la presta fama al cielo sublimada,
Los hechos de tus hijos la historia contará.

Entonces, Salamanca, al ilustrado mundo
Que siente tus desgracias, dirás con altivez:
«Amarga fué mi pena, mi dolor fué profundo;
Sucumbí como Roma; pero me alzé otra vez!»

No inclines pues la frente, Salmántica orgullosa,
Undiéndola en el polvo, cansada de sufrir:
Levántate del suelo gallarda y poderosa,
Y tu gloria futura darás al porvenir.

TENORIO.